

* * *

La más íntima emoción religiosa de Leonardo, la encuentro en la invocación con que cerré mi Lectura, como con un diamante; pero no menos brilla este pensamiento suyo, como un lucero en un cielo sin nubes.

«¿Qué es aquello indefinible que cesaría de ser si pudiésemos formularlo? El infinito, que sería finito si pudiera ser definido! Pues definir es limitar».

Definir a Leonardo de Vinci, con las posibilidades de mi inteligencia, acaso sería también limitarlo.

PEDRO-EMILIO COLL

(De *Cultura Venezolana* Caracas).

Palabras de loco

Yo mando, tú mandas

ESTE gobierno y ese, aquel y todos, dijo mi amigo el anarquista, son, no el mayor de nuestros enemigos, sino el único enemigo de verdad.

—Y cuando caídos todos los gobiernos surja el gobierno de los sin gobierno?

—Entonces—dijo mi amigo el anarquista—será lo mismo. Como canta Bécquer: «Hoy como ayer y como ayer mañana» «y siempre igual».

Esta es la teoría, pero y la práctica?

En Inglaterra, en Alemania, en Bélgica, en Holanda, en Suiza, en Noruega, en Suecia, en Dinamarca: ¿Está garantizada la libertad individual? Sí. ¿Está protegida la industria? Sí. ¿Está desarrollado, cinta de oro, el comercio? Sí. ¿Hay caminos para la agricultura? Sí. ¿Hay ferrocarriles y escuelas? Sí. Sí, sí, sí. Así dicen, y aunque sea poco más o menos, casi es verdad.

Y en Centro América: ¿Está garantizada la libertad individual? No. ¿Está protegida la industria? No. ¿Está desarrollado, cinta de oro, el comercio? No. ¿Hay caminos para la agricultura? No. ¿Hay ferrocarriles y escuelas? No. No, no, no.

Y esto no es así, dicen, y poco más o menos, sino la verdad, despojada de los siete velos con que los políticos han querido vestirla.

Y entonces, en estos llamados gobiernos centroamericanos, ¿qué hay? Pues una pura habladera, un interminable hablar y hablar. ¿Y después? Una pura robadera, un interminable robar y robar. ¿Y detrás de los bastidores? Los que están abajo gritan y gritan. ¿Y por qué? Por la justicia. ¡No, hombre! ¡No! ¡Nunca! Gritan porque quieren ser ellos gobierno para que siga el baile.

¡Ya es tiempo! Cerrémosles a piedra y lodo las puertas de la república. ¡Atrás los vagos! ¡Váyanse con la música a otra parte! Tú, médico sin enfermos, abogado sin pleitos, comerciante sin negocios, agricultor sin siembras, dí: ¿qué quieres? Hacerte rico sin trabajar.

Queremos hombres nuevos, nuevecitos, que nunca se hayan sentado en asamblea de notables, que no hayan llevado el estandarte del partido en ninguna procesión, que nunca hayan sido incensados en ningún periódico. Queremos uno de estos príncipes

segovianos de quien digan todos los palabreros: Y éste ¿quién es, de dónde viene, cómo se llama?

—Pero el gobierno de ese príncipe segoviano, dijo mi amigo el anarquista, será como todos los demás: hoy como ayer y como ayer mañana y siempre igual.

—Bueno, ¿pero nosotros los centroamericanos, acaso estamos destituidos del derecho de ensayar? Y después de diez mil tentativas fracasadas, ¿por qué no tendríamos también nosotros la dicha de cortar una rosa de mando, como las que florecen en Inglaterra, en Suiza, en Bélgica y en Holanda? Y en este remanso de Nueva Segovia, donde el río Coco es tan silencioso que parece pintado y tan diáfano que una aguja si se cae podéis verla en el fondo, hay muchos hombres que podrían ser aceptados, poco más o menos, por mi amigo el anarquista.

(*La Tribuna*, Managua, Nic.)

La Cambalacha

Trátase desde luego de una vulgar Celestina, de una Tía Fingida cualquiera, absuelta por el jurado en una de las últimas vueltas de su camino de tercera.

Perfectamente bien.—De *pauvres femmes*.—Pero nunca he visto que sean sometidos a jurado estos respetables caballeros, estos distinguidos señoritos, por los cuales abre su tienda la Cambalacha.

Si las pobres niñas de la Cambalacha fuesen de las llamadas señoritas de la mejor sociedad, ¿los señores del jurado habrían pronunciado veredicto absoluto? Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que tenéis dos pesas y dos medidas.—Para las hijas de Don Fernando el rico; la medida de la justicia y para las hijas de Blas el carretero la medida de la iniquidad.—Sí, ¡tenéis razón! para ello han nacido las hijas de Blas el carretero, para que prosperen los negocios de la Cambalacha.

Que las hijas de Blas el carretero tienen una madre que llora y llora y llora.—Cuántas otras mujeres del pueblo han llorado antes y cuántas otras mujeres del pueblo llorarán después; ¡contadlas si podéis!—Y los señores que mandan están ocupadísimos y no es cosa de todos los días que nazca un San Francisco de Asís, por ejemplo, que pueda repetir la palabra de Cristo: «Para anunciar la buena noticia a los pobres, para eso fui enviado». *Evangelizare pauperibus misit me*.

La Calancha

Según se dijo, una infeliz mujer llamada la Calancha mató a su niño.—Bueno, ¿pero y la causa de la causa?

—La Calancha mató a su niño: esto es el fin.—¿Dónde estará el principio? ¿No creéis que sería menester buscar al matador de la Calancha? Si la Calancha mató a su niño, quiere decir que alguien la había matado a ella primero! y este alguien puede ser juez, periodista, diputado, ministro.

Esta Calancha es sin duda, yo podría jurarlo, una de tantas mujeres abandonadas.—Y el abandonador, ¿quién es y cómo se llama? Que lo retraten y que publiquen su fotografía en todos los periódicos! porque él y sólo él es la causa de la causa.